

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Josep Miquel Bausset, monje de Montserrat
21 de octubre de 2018
Is 53: 10-11; Heb 4: 14-16; Mc 10: 35-45

Hace unos años el Papa Francisco, en una homilía en Santa Marta, reconocía la existencia de los trepas en el seno de la Iglesia. Y con un punto de ironía les recomendaba que no vinieran a la Iglesia para trepar. "*Hagan alpinismo, es más sano*", les decía (6 de mayo de 2014).

El caso de la escalada en la Iglesia (también en la política y la economía) ya viene de lejos. Hoy mismo en el Evangelio que ha sido proclamado, Marcos nos presenta una situación que nos recuerda la recomendación que hacía el Papa a los trepas, aquellos que se afanan por conseguir honores y privilegios. Los hermanos Santiago y Juan piden a Jesús sentarse a su derecha y a su izquierda "en tu gloria". Esta petición atrevida de los hijos del Zebedeo provocó los celos de los otros discípulos, una celosía que también con frecuencia puede aparecer en nuestros corazones.

Y es que en un mundo que premia la competitividad, todos quieren sobresalir por encima de los demás. Aunque sea a costa de pisar a los de alrededor. Pero Jesús nos hace ver que no es éste el comportamiento que él quiere para sus discípulos. El Reino que Jesús anunciaba no estaba fundamentado en el poder sino en el servicio. Y por eso el Maestro les mostró una manera totalmente nueva de cómo debían comportarse: "*el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos*" (Mc 10: 43-44). Por eso el pasado jueves, el Papa de nuevo pedía hacer posible una Iglesia servidora: "*Si un discípulo no camina para servir, no sirve para caminar*". Y también: "*Si la vida no es servicio, no servimos para vivir*".

¿Hay entre nosotros personas importantes? Es evidente que sí. Son personas que sin hacer ruido hacen bien hecho su trabajo. Son personas que en el silencio, se convierten en testimonios de bondad y de sencillez, de compasión con los necesitados, personas que saben acoger a los demás con ternura y humildad. Las personas que continúan hoy sirviendo a los demás, viajan en metro o en autobús, pero pasan la vida sembrando estimación, perdón y alegría. Padres que tienen tiempo para los hijos, esposos que continúan amándose después de años y años de matrimonio, religiosas que son testigos de Pascua. Son personas desconocidas para los medios de comunicación, pero que ayudan a hacer realidad un mundo más amable y más afable. Son personas importantes a los ojos de Jesús porque hacen bien su trabajo y nos ayudan a vivir con esperanza y alegría.

En el desierto de la vida (o quizás deberíamos decir en la selva de la vida), parece que sólo cuentan los más fuertes y que la ley de este mundo sea la rivalidad, el enfrentamiento y el abuso sobre los más débiles. Pero los que, sin grandes discursos, siembran confianza y paz, son en realidad a los que Jesús llama importantes.

Una de las obras más interesantes de Jean Guitton se titula "*Silencio sobre lo esencial*". ¿Qué es esencial en la vida de los discípulos de Jesús? ¿No es sostener en la esperanza a quienes desfallecen? ¿No es liberarnos de las nostalgias, de los miedos y de las falsas seguridades? ¿No es aprender a caminar con la verdad y la justicia, tanto respecto a las personas como con respecto a los pueblos? ¿No es mirar a los demás como Jesús los mira? Sólo así, hermanas y hermanos, convirtiéndonos en servidores de la comunión y del amor, haremos posible una Iglesia de puertas abiertas, de corazón compasivo y de esperanza firme, que abre nuevos caminos en el

Reino de Dios. Por eso es tan adecuado recordar el título del libro que el obispo Jacques Gaillot escribió hace unos años: "*Una Iglesia que no sirve, no sirve para nada*".

El cardenal Bergoglio decía hace unos años: "*No queremos ser una Iglesia atemorizada, que está cerrada en el cenáculo, queremos ser una Iglesia solidaria que se anima a bajar de Jerusalén a Jericó, la Iglesia que se acerca a los más pobres para curarlos. No queremos una Iglesia desilusionada que abandona la unidad de los apóstoles y se vuelve a Emaús; queremos ser una Iglesia convertida que tras reconocer a Jesús como compañero de camino, emprende el regreso al cenáculo, vuelve llena de alegría al lado de Pedro*" (Pilares de un pontificado pp129-130).

Hermanas y hermanos, en nuestro seguimiento de Jesús no se trata de sentarse a su derecha o a su izquierda, sino de anunciarlo y hacerlo presente, desde el servicio, en nuestro mundo. Y de descubrirlo en todos aquellos que pasan a nuestro lado. Del mismo modo que lo descubrimos en el pan y en el vino de la Eucaristía que ahora compartiremos. Un pan y un vino que el Señor mismo nos sirve como signo de su amor.